

# Imágenes abyectas e invisibilidad de las víctimas. Narrativas visuales de la violencia en México

Lilian Paola Ovalle\*

Las dimensiones actuales que ha cobrado el fenómeno de la violencia asociada al narcotráfico en el territorio mexicano, exigen a las ciencias sociales un esfuerzo por rebasar los datos observables de las estadísticas sobre hechos violentos. Además de la dimensión física de la violencia, la muerte violenta asociada al narcotráfico tiene dimensiones simbólicas que deben ser interpretadas. En este texto, a partir del análisis de una muestra de imágenes y videos que han circulado por diferentes medios de comunicación, se reconstruyen y analizan las narrativas visuales de esta violencia. Se delinea así un complejo escenario en el que se invisibiliza a la víctima y se hacen borrosos los límites entre víctima y victimario.

Las imágenes que narran la violencia actual en el territorio mexicano se caracterizan por lo abyecto. Lo abyecto hace referencia a algo repugnante o perturbador. Pero no es la suciedad o la enfermedad lo que configura lo abyecto. Los objetos abyectos son aquellos que horrorizan, que alteran la identidad, que trastornan el orden, que trascienden los límites del sentido. Al respecto, Marina<sup>1</sup> afirma que una cosa es la claridad de la experiencia y otra muy distinta la claridad del sentido de la experiencia. Esto sucede en el caso de las muertes que configuran la violencia actual en México. Está claro que se viene instrumentalizando la violencia fuera de los canales legales que se establecen en un Estado de derecho. Se sabe que están relacionadas con el narcotráfico. Sin embargo, el sentido

de todas estas muertes permanece opaco. ¿Son el resultado de la “guerra contra las drogas”? ¿Representan una “disputa por las plazas”? Tal vez sí. Sin embargo son mucho más que eso.

En este artículo se exploran y analizan las narrativas visuales que reconstruyen día a día este problema. Se trata de reconstruir el significado social que se le asigna a la violencia actual en México, a partir de los relatos visuales con los que se narra día a día. A partir de un banco de imágenes fijas (72) y materiales audiovisuales (15) recopiladas en internet y directamente con algunos reporteros, se reconstruyen las narrativas visuales a través de las cuales se representa la violencia actual de México. Se considera entonces que la realidad social entra por los ojos y que los datos visuales son fundamentales para conocer, analizar y explicar el fenómeno social de la violencia asociada al narcotráfico.

Es necesario en este ejercicio, detenerse y mirar precisamente hacia

donde no se quiere ver. Aunque como señala Kristeva<sup>2</sup> el cadáver me indica aquello que yo desecho para vivir, es necesario detener la mirada en esas escenas de terror, que necesitamos desechar para continuar con la normalidad de la vida. En este sentido, en este texto se analizan las narrativas visuales y mediáticas de las muertes asociadas al narcotráfico, tratando de reconocer que, como señala Restrepo<sup>3</sup> “en la técnica del asesinato se expresa una cosmovisión”.

En estas escenas y el modo en que son ordenadas y conectadas, se esconde el sentido que socialmente se le otorga a estas muertes. La velocidad de los acontecimientos obstaculiza la reflexión. Este texto pretende inducir la reflexión que debe darse. Para ello, se desarrollan cuatro ideas centrales.

\* <lilianpaolao@yahoo.com>.

<sup>1</sup> Marina, José Antonio. *Anatomía del miedo. Un tratado sobre la valentía*. Barcelona, Anagrama, 2006, p. 237.

<sup>2</sup> Kristeva, Julia. *Poderes de la perversión*. México, Siglo XXI, 2006.

<sup>3</sup> Restrepo, Luis Carlos. *Viaje al fondo del mal*. Bogotá, Taurus, 2005.

La primera está relacionada con lo inadecuada que resulta *la retórica de la guerra* para comprender y contextualizar la violencia asociada al narcotráfico. Lo que se propone en este apartado es la necesidad de pensar con categorías diferentes que den cuenta de la complejidad del problema.

La segunda idea que se discute en este texto, se refiere a los *rituales de muerte y la naturalización de las formas*. Se presenta aquí un escenario en el que la violencia más atroz se enraíza en la vida cotidiana. *Levantados, encobijados, encajuelados*, aparecen como neologismos que trivializan la dolorosa realidad.

En el tercer apartado se profundiza en los aspectos de estas muertes violentas que las configuran como abyectas. Se detallan los elementos que distinguen a estas muertes del narcotráfico como prácticas que trascienden el objetivo de acabar con la vida de alguien. Se observa con especial detenimiento que la abyección de estas imágenes se traduce en la trasgresión de la identidad de los sujetos. *El rostro, la unicidad del cuerpo y la singularidad ontológica*. Son los elementos alterados y vulnerados en estas muertes del narcotráfico.

Finalmente se discute sobre la urgencia de la *Restitución de la dignidad ontológica de las víctimas*. Devolver el nombre, la identidad y la dignidad a los miles de cuerpos de esta absurda violencia, se presenta como un reclamo acallado y temeroso de los familiares. Pero se propone la necesidad de que este reclamo sea social y se señala la urgencia de alejarnos de los discursos oficiales que con suma insensibilidad dividen las muertes entre las que duelen y las que debemos desechar.

## La retórica de la guerra a las drogas y la violencia asociada al narcotráfico

La violencia asociada al “crimen organizado” no es un problema exclusivo de las fronteras, ya que sus expresiones se han territorializado en prácticamente todas las regiones de México. Según el conteo de muertos en los medios, desde que inició el mandato del presidente Felipe Calderón, ya van más de 28,000 asesinatos asociados al narcotráfico. Las ejecuciones, los ajustes de cuentas y el uso del cuerpo como escenario para enviar mensajes de terror a los adversarios se transmiten diariamente por los diversos medios de comunicación, caracterizando la vida diaria por la cotidianidad de la violencia. Al respecto resultan esclarecedoras las palabras de Appadurai<sup>4</sup> al señalar que aunque generalmente la violencia ha sido concebida en términos de caos, brutalidad o irracionalidad, puede ser ubicada como un agente ordenador de la vida cotidiana.

<sup>4</sup> Appadurai, Arjun. *El rechazo de las minorías. Ensayo sobre la geografía de la furia*. Madrid, Tusquets Editores, 2007.

Este señalamiento es poderoso. Implica el reconocimiento de la existencia de organizaciones con el suficiente poder social como para defender la existencia de su rentable proyecto ilegal por medio de la instrumentalización de la violencia. Como si no bastara con esto, asumiendo la retórica de la guerra, el Estado se suma a la cadena de instrumentalización de la violencia. Pudiendo enfatizar su lucha en la promoción de espacios culturales, educativos y laborales dirigidos a los sectores sociales que abastecen de personal a las bases de dichas redes, el actual gobierno opta por la retórica de la guerra. Una guerra en la cual “las bajas” de ambos bandos son esperables.

La teatralización de la violencia en este contexto adquiere formas inéditas, sin embargo insistimos en analizarlas con las mismas y añejas categorías conceptuales. Como señala Cavarero<sup>5</sup>, la noción de *guerra* evoca un viejo concepto que más que iluminar, confunde el debate sobre la violencia contemporánea. Para esta autora los procesos de denominación en términos de *guerra*, con su lógica de amigos y enemigos, son parte integrante del conflicto.

Existen dos elementos que evidencian lo inadecuado de la retórica de la guerra para entender esta violencia. El primero es la dificultad de ubicar un *enemigo* externo al *nosotros*. En los discursos oficiales se repite que acabarán con *ellos*. Pero, ¿de dónde llegan *ellos*? Bajo la retórica de la guerra se construye una percepción del problema en la que los “mafiosos”, los “narcos”, los “criminales” aparecen como esos *otros*, extraños a la sociedad. La representación del mal que encarna la figura del enemigo es ubicada fuera de la noción de *nosotros*. Una gran falacia de la guerra contra las drogas, contra el narcotráfico o contra el crimen organizado. En esta fallida guerra, el enemigo está dentro y al cuestionar el modo de vida de las redes del narcotráfico, las preguntas se revierten hacia nuestra propia cotidianidad. *Ellos* son: el vecino, el primo, el amigo, el hijo de la maestra, el estudiante.

El segundo elemento hace referencia al desequilibrio de las escenas violentas. Conceptualmente, la *guerra* hace referencia a una violencia recíproca. Nunca a una violencia ejercida contra el inerte, contra quien no se puede defender. Sin embargo, gran parte de las actuales muertes del narcotráfico en México no se dan por enfrentamientos entre grupos armados. Como se detallará en el próximo apartado, en la mayoría de los casos, los muertos “aparecen” y la figura de los “levantamientos” o desapariciones forzosas, constituyen la principal estrategia para acabar

<sup>5</sup> Cavarero, Adriana. *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*. México, Anthropos, UAMI, 2009.

con las vidas de estas personas. Finalmente, los “levantamientos” y las posteriores formas de asesinato ritualizadas por estos grupos, consisten en despojar a la víctima de toda capacidad de respuesta. Hacerla vulnerable, hasta el

punto en que no pueda responder a la violencia ejercida hacia él. Como se viene señalando, ante este fenómeno social, la noción de guerra resulta no sólo insuficiente, sino inadecuada.

**Tabla I**  
**Videoanálisis, interrogatorio al “Z43”**



Imagen 1



### Rituales de muerte y naturalización de las formas

Las imágenes abyectas hieren susceptibilidades. Mirarlas es por lo general difícil, y exponerlas aún más. La reflexión sobre la pertinencia o no de difundir estas imágenes, por lo general se debate entre el voyeurismo de quienes consideran que es posible identificar una “estética de la violencia” o incluso propiedades eróticas (Bataille) y la postura de quienes como Sontag<sup>7</sup> consideran que las fotografías de horror tienen un valor ético, porque concientizan sobre el hecho de que los seres humanos se hacen cosas terribles los unos a los otros.

Evidentemente, es un objetivo de este texto alejarse de las posturas que resaltan el placer morboso que se puede derivar de la observación de estas imágenes. A continuación se propone un ejercicio en el que se venza la repulsión que llevaría a algunos a no mirar de ninguna manera este tipo de imágenes, para reconocer en ellas que los dispositivos de violencia de las redes de comercialización de drogas ilegales en México, no se destinan exclusivamente al acto de acabar con la vida de quien incumplió un contrato y no se agotan en el hecho de la ejecución.

Al observar estas imágenes con detenimiento, se identifican formas naturalizadas y ritualizadas de muerte violenta. Los mensajes y los códigos depositados en el territorio donde suceden las muertes violentas asociadas al narcotráfico, continúan sobre los cuerpos que se vuelven un “lugar”, un “escenario” de ejecución del ritual violento<sup>8</sup>. Los cuerpos muertos del narcotráfico son entendidos como mensajeros del terror cubiertos de significaciones.

El video que se reseña en la Tabla 1, fue difundido en la red con el título de *Interrogatorio al “Z43”*. En la red constantemente aparecen y desaparecen videos amateurs en los que se pueden observar los rituales violentos de estos grupos. Quién los difunde, hacia quién van dirigidos, y las razones por las cuales se exponen estos materiales son aspectos que permanecen velados. Sin embargo, un microanálisis de estos materiales puede ofrecer importantes pistas para entender las nuevas configuraciones de la violencia asociada al narcotráfico en México.

Aunque son múltiples los elementos que se pueden analizar e interpretar en este material<sup>6</sup>, este ejemplo es traído a colación para argumentar el desequilibrio de la escena. Como se señaló anteriormente, la noción de *guerra* implica el establecimiento de “amigos” y “enemigos”. Pero sobre todo implica una violencia recíproca y simétrica.

En el interrogatorio de el “Z43”, la escena está totalmente desequilibrada y las antiguas categorías resultan insuficientes para describir lo que allí sucede. Durante los 8 minutos que dura el video, se observa a un sujeto completamente inerte, con los ojos vendados, inmovilizado, atado. Se escucha una voz que lo interroga. El “Z43” responde sin mayor resistencia cada uno de los cuestionamientos.

Sin duda se trata de una violencia unilateral. Pero la escena se caracteriza por la ambigüedad. El “Z43” interrogado, el que relata la violencia que ha ejercido y que aparece ante nosotros completamente indefenso, ¿es una víctima? ¿Es construido como víctima? ¿Y quién es el que interroga? ¿Es el miembro de una organización delictiva diferente? ¿Es un policía?, ¿un militar?, ¿un miembro de algún escuadrón de la muerte?

Si bien es cierto que la violencia no siempre cuenta con el consenso de los tres distintos tipos de actores implicados (victimario, víctima y testigo), la actual violencia asociada al narcotráfico en México se define precisamente por lo opaca, confusa y vaga. Sin embargo, uno de los actores implicados permanece, claro; los testigos, nosotros.

El “Z43” es ejecutado ante la cámara segundos antes de que el video acabe. Su cuerpo fue abandonado frente a las oficinas de una importante televisora y su imagen sin rostro fue difundida transmediáticamente, como una más en el diario conteo de muertos. De esta manera, el amplio público es convertido en testigo de este tipo de violencia en la que difícilmente se diferencia la víctima y el victimario. ¿Quién es quién? Se trata de un tipo de violencia imposible de aprehender con las categorías que sustentan el debate.

<sup>6</sup> El lenguaje utilizado, la escenificación, la disposición del cuerpo, el contenido de las preguntas y las respuestas, las funciones y las relaciones jerárquicas que se intuyen a partir de los discursos, las paradojas (el tuteo entre el verdugo y la víctima), entre otros.

<sup>7</sup> Sontag, Susan. *Ante el dolor de los demás*, México, Alfaguara, 2000.

<sup>8</sup> Blair, Elsa. *Muertes violentas. Teatralización del exceso*. Medellín, Universidad de Antioquia, 2005.

Sobre la base de las imágenes se naturalizan y ritualizan los sentidos de la violencia escenificada en el territorio mexicano. Las redes de comercialización de drogas ilegales instrumentalizan la violencia en aras de la preservación de sus actividades económicas y ante el agotamiento de escenarios de expresión, utilizan a los cuerpos para transmitir mensajes que impacten que dejen huella, que instauren en los imaginarios sociales el poder que detentan y en últimas que sirvan de elemento persuasor para quienes consideren incumplir sus “reglas del juego”.

Así, en este apartado identificamos cuatro formas ritualizadas de asesinato. Éstas constituyen técnicas distintas de efectuar y exponer los homicidios y formas diferenciadas de utilización de los cuerpos muertos del narcotráfico, como “lugares” transmisores de códigos cifrados. Tiro de gracia, baleados, encajuelados y encobijados: cuatro palabras reconocidas por gran parte de los habitantes del territorio mexicano.

Berger y Mohr<sup>9</sup> insisten en la necesidad de reconocer la ambigüedad del significado de una fotografía. Según esto, la

fotografía es una cita, en el mejor de los casos una cita extensa, de las apariencias. El fotógrafo, al extraer la cita, produce una discontinuidad, que a su vez se ve reflejada en la ambigüedad de la imagen. En las imágenes que a continuación se presentan, ningún elemento debe darse por supuesto. El paisaje, el vestuario, la posición de los cuerpos, los charcos de sangre, los picos que cuentan los casquillos, una cobija, una bolsa negra. Son todos elementos ambiguos. Para leerlos e interpretarlos es necesario estar inmerso en el contexto.

Mirzoeff<sup>10</sup> señala que la habilidad para absorber e interpretar la información visual es la base de la sociedad industrial, y que en la era de la información está adquiriendo aun mayor importancia. En síntesis, la capacidad para leer e interpretar las imágenes no es una cualidad propia del ser humano, sino una capacidad aprendida relativamente nueva. Desafortunadamente, hoy día, grandes sectores de la población mexicana han configurado una relación personal con estos sucesos. Estos rituales se naturalizan, se anclan al sistema de la vida cotidiana, proporcionando la continuidad que faltaba para “entender” estas imágenes.

**Tabla 2**  
**Forma ritualizada. Tiro de gracia**

*Formas ritualizadas y naturalizadas*



Análisis: Como su nombre lo indica, los cuerpos en los que se observa el “tiro de gracia” relatan una muerte rápida y poco dolorosa. En esta forma ritualizada generalmente se observan cuerpos vestidos, abandonados en terrenos o lotes desiertos, boca abajo, con las manos, dispuestas arriba y con un tiro en la cabeza. Si bien, la posición boca abajo, y la súplica que parecen gritar sus manos es un acto extremo de dominación sobre el cuerpo del otro hasta convertirlo en cadáver, el hecho de que mantengan su ropa casi impecable y que sus cuerpos no presenten mutilaciones ni marcas de tortura es emitido como una señal de cierto respeto por el cuerpo del asesinado.

<sup>9</sup> Berger John y Mohr Jean. *Otra manera de contar*. Barcelona, Gustavo Gili, 2007.

<sup>10</sup> Mirzoeff, Nicholas. *Una introducción a la cultura visual*. Barcelona, Paidós, 2003

**Tabla 3**  
**Formas ritualizadas. Balaceras**

Formas ritualizadas y naturalizadas



Análisis: Las escenas de los “baleados” son radicalmente distintas. Aquí se observan automóviles con múltiples impactos de bala, vidrios rotos, autos abandonados por sus tripulantes después de cometer el homicidio, pero en especial se observan grandes cantidades de casquillos de balas, enmarcadas por manchas o charcos de sangre. Generalmente, los casquillos son de armas de alto calibre, de uso exclusivo del Ejército. Esta forma ritualizada también narra una muerte rápida y poco dolorosa. Sin embargo, sin duda aquí el mensaje que se envía es mucho más contundente. Mientras que las imágenes de los “tiros de gracia” ocultan los rostros y exponen cuerpos con no más de cinco agujeros, los baleados quedan totalmente expuestos; sus cuerpos presentan incluso más de 20 perforaciones.

**Tabla 4**  
**Formas ritualizadas. Encajuelados y encobijados**

Formas ritualizadas y naturalizadas



Analisis: Finalmente se puede afirmar que “encajuelados” –cuerpos encontrados en las cajuelas de autos abandonados en la vía pública– y “encobijados” –cuerpos envueltos en cobijas encontrados en lotes baldíos o parajes desiertos– constituyen las formas ritualizadas de la muerte en el narcotráfico en las que se constata la saña con la que intentan impartir el aleccionamiento sobre las consecuencias de violar las “reglas de juego del narcotráfico”. Los cuerpos que esconden las bolsas negras en las cajuelas o las cobijas en terrenos abandonados presentan rastros de tortura, son cuerpos mutilados, que por lo general mantienen su unicidad.

Así, la interpretación de estas formas ritualizadas de la muerte violenta asociada al narcotráfico, permite señalar que estos cuerpos emiten un mensaje específico, no sólo a los miembros de estas redes, sino a la ciudadanía en general, instaurando en los imaginarios el poder que ostentan estos grupos. La violencia en este caso no es sólo directa. Estos cuerpos expuestos y mediatizados son a la vez violencia latente que instaura en el imaginario la posibilidad real del empleo de la fuerza. No es solamente entre ellos.

### **El rostro, la unicidad del cuerpo y la singularidad ontológica**

Los *tiros de gracia*, los *encobijados* y los *encajuelados* se cristalizan en el lenguaje popular como neologismos que trivializan el horror de las muertes que relatan. Ante formas más crueles de violencia, la lengua incapaz de nombrarla, la enmascara y la alivia. En este orden de ideas, en este apartado se analiza el sentido latente de otros rituales

de muerte violenta que se caracterizan por el intento de borrar la identidad de los cuerpos y de desaparecer la singularidad ontológica.

A primera vista estos rituales de muerte violenta pueden ser identificados como formas de garantizar la impunidad y borrar todo rastro del delito. Sin embargo al observar con detenimiento la teatralización con las que son expuestos los cuerpos, se puede inferir que los objetivos trascienden el hecho operativo de acabar con la víctima y están más encaminados a la construcción del miedo, el terror y el horror social.

En las imágenes de estos asesinatos es común identificar rostros cubiertos de cinta adhesiva plateada. Estos son generalmente designados como *enteipados*. Modismo derivado de la adaptación del inglés *tape*, nombre de este tipo de cinta. En la Imagen 2 se observa de forma paradigmática una de estas escenas. Aquí hay un cuerpo expuesto, colgado, completamente desnudo. A excepción de su rostro, que se encuentra precisamente cubierto por este tipo de cinta.

Imagen 2



Tabla 5  
Formas ritualizadas. *Enteipados*



Le Breton<sup>11</sup> afirma que “la individuación por medio del cuerpo se vuelve más sutil a través de la individuación por medio del rostro. Para comprender este dato hay que recordar que el rostro es la parte del cuerpo más individualizada”. Para este autor, el rostro es la marca de una persona, es el lugar de la geografía corporal en el que se deposita el signo de su singularidad.

Cabe preguntarse entonces por el significado de las narrativas de violencia en las que los rostros no aparecen? Qué pasa cuando éstos son ocultados tanto por los victimarios como por quienes reconstruyen los relatos visuales (los reporteros).

Sin el rostro, que proporciona identidad, el hombre no existe. El horror de esta escena radica en la desfiguración. Al exponer un cuerpo desnudo, que culturalmente debe permanecer cubierto, los límites se trasgreden esbozando lo abyecto. Pero al ocultar el rostro, cepa de la singularidad, se destruye al viviente, es decir, se invisibiliza a la víctima.

<sup>11</sup> Le Breton, David. *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1995, p. 43.



La Tabla 5 es una pequeña muestra de la forma en que las imágenes de los *enteipados* se repiten por el territorio mexicano, especialmente en el territorio fronterizo. Los *enteipados* se convierten en una categoría, una serie. Son uno y son ninguno. La víctima una vez más se invisibiliza. La escena y sobre todo su repetición, trivializa la muerte. La desacraliza y sobre todo, la naturaliza.

Aquí es importante, además señalar que en las narrativas visuales de la violencia del narcotráfico en México, no sólo los victimarios borran el rostro de las víctimas. Estos rostros son borrados en las representaciones mediáticas. Las razones pueden ser muy variadas y sin duda están articuladas a los arbitrarios criterios que distinguen entre las imágenes que “comunican con neutralidad” y las imágenes que rayan en el “amarillismo”. Sin embargo, las razones o las intenciones no importan para este análisis particular. Lo fundamental aquí, es señalar que una narrativa visual de este tipo de violencia, en la que los ángulos y encuadres seleccionados ocultan el rostro de las víctimas, es una narrativa visual que se abona a una representación social del problema en la que se cosifica e invisibiliza a las víctimas.

Se trata de *zarandeados*, *empozolados*, *decapitados*, *trozeados*. Esta autora ubica en la violencia contemporánea, una tipología especial a la que designa como “horrorismo”. Se trata de un tipo particular de crimen ontológico que va mucho más allá de la muerte.

Cavarero<sup>13</sup> propone que el concepto de horrorismo expresa el sentido de la violencia contemporánea. El horror aunque se puede ubicar en el mapa conceptual del miedo, lo trasciende. Ante el horror, la manifestación física se agudiza. Se ubica entre el espanto y la repugnancia, que obligan a desviar la mirada. Considero, que de manera especial, estas últimas formas ritualizadas de muerte violenta se ubican en el tipo de violencia al que se refiere la autora.

*Zarandeados* y *empozolados* son dos neologismos de la *jerga narca*, que aluden a dos formas diferentes de borrar la identidad de los cuerpos muertos. Estas dos figuras establecen una macabra relación entre la manipulación de los cadáveres y la elaboración de recetas culinarias típicamente mexicanas. Metáfora que evidencia con descaro la trivialización de estas muertes. Se trata

**Tabla 6**  
**Encuadres sin rostro**



Sin embargo, se pueden identificar en las narrativas visuales de la violencia del narcotráfico en México, otras formas rituales de muerte violenta. Formas rituales caracterizadas por el desmembramiento. Lo que las caracteriza es lo que Cavarero<sup>12</sup> denomina “el asesinato de la unicidad”.

del pescado zarandeado (cocinado a las brasas) y el pozole (una sopa espesa y espumosa con maíz y trozos de carne). En este sentido, los *zarandeados* son cuerpos incinerados y los *empozolados* son cuerpos desintegrados en ácidos.

<sup>12</sup> Cavarero, *op. cit.*

<sup>13</sup> *Ibid.*

**Tabla 7**  
**Formas ritualizadas. Zarandeados y empozolados**



En estas dos formas de teatralizar la violencia sobresa le hecho que se viene señalando: se trata de una violencia que no se contenta con matar. Destruye la unicidad del cuerpo, borra la identidad, deshumaniza el cadáver. Al identificar estos cuerpos muertos como zarandeados o empozolados, se niega la condición humana en la física de los cuerpos y en lo abstracto del lenguaje.

En la violencia actual del narcotráfico, gran parte de estos cuerpos no logra ser identificados. Se les niega el derecho a esta despedida. Son cuerpos arrancados de su identidad que, por lo general, terminan como desconocidos en fosas comunes. Sin embargo, en los pocos casos en los que el cuerpo es identificado, en sus rituales funerarios,

es imposible efectuar la común práctica del féretro con una ventana abierta. Los dolientes y demás presentes no pueden pasar a ver por última vez el cuerpo. El trabajo de los embalsamadores, encargados de preparar, maquillar y vestir al cadáver con el objetivo de hacerlo *visible* para el ritual de la despedida, se torna imposible.

La muerte, aunque violenta, no trasgrede la condición humana mientras que el cadáver mantenga un semblante humano. Sin embargo, ante el desmembramiento, ante la desintegración de la singularidad ontológica, ante la violencia que desfigura y deshace, el impacto de estas muertes crece exponencialmente. Atenta contra la condición del género humano.

**Tabla 8**  
**Formas ritualizadas. Mutilados**



Al ver dichas imágenes abyectas o los videos que narran el horror de estas muertes, se confirma su existencia. Pero como afirma Kristeva<sup>14</sup> “frontera sin duda, la abyección es ante todo ambigüedad”. En las imágenes de los mutilados, la ambigüedad es una cita extensa del horror de estas muertes. En el desorden de fragmentos de cuerpo el principal elemento ambiguo es la figura de la víctima. La humanidad del cuerpo que se retrata no es perceptible. En algunas ocasiones es incluso difícil identificar a simple vista si se trata de un cuerpo o más, de una víctima o más. En todas estas imágenes la condición humana se desacraliza y la víctima se invisibiliza. ¿Quién es?, ¿de dónde viene? El mensaje oficial es contundente. Es una guerra necesaria. Es una guerra contra “ellos”. Mediante estos discursos, la sospecha cubre cada muerte. Morir de esta forma. ¡Algo tuvo que ver para que eso le sucediera! Incluso, cuando el que muere es un policía o un integrante del gobierno, la sospecha surge como un dispositivo que justifica y trivializa estas muertes. “El poder muestra, esconde y se revela a sí mismo tanto en lo que exhibe como en lo que oculta”, afirma Calveiro<sup>15</sup>.

Imagen 3



Las imágenes de los decapitados, más que otras, constituyen una puesta en escena donde la dignidad humana es especialmente ofendida. Son quizá las imágenes más impactantes y repugnantes. Como se señaló anteriormente, es el rostro la cepa de la identidad. Ante las escenas que exhiben cabezas despojadas de sus cuerpos, el sentido de lo humano se derrumba.

<sup>14</sup> Kristeva, *op. cit.*

<sup>15</sup> Calveiro, Pilar. *Desapariciones. Memoria y desmemoria de los campos de concentración argentinos*. México, Taurus, 2002, p. 53.

El horror que paraliza y la indiferencia son dos caras de la misma moneda. Estas dos emociones delinean fronteras que aíslan el nosotros de los otros. Sin embargo, siguiendo con el planteamiento de Bauman<sup>16</sup> el beneficio más importante del uso de los miedos es que la población asustada aparta su atención de las auténticas causas del riesgo que implica “la vida moderna”. Sólo así, lo que este autor denomina como la “superclase global” (donde incluye a los super-ricos, como políticos y empresarios legales e ilegales) puede continuar recompensándose a sí misma y sin que los molesten. Esto supone, en el caso de la guerra contra las drogas, una ceguera ante las causas reales que sostienen tanto la demanda como la oferta. Y resulta en las escasas experiencias articuladas de organización social que reclamen acabar con las condiciones que actúan como agencias de reclutamiento: la pobreza, la exclusión, la discriminación, la desigualdad, la injusticia política, la impunidad, la corrupción, entre otras (Soyinka<sup>17</sup>).

Kristeva<sup>18</sup> afirma “un peso de no sentido que no tiene nada de insignificante y que me aplasta. En el linde de la inexistencia y la alucinación, de una realidad que si la reconozco me aniquila. Lo abyecto y la abyección son aquí mis barreras. Esbozos de mi cultura”. En el horror de estos cuerpos muertos y arrancados de su identidad se esconden los rastros del mundo social en el cual estamos insertos. Pero en la esencia del sin sentido, se dibuja un mundo social donde difícilmente se delinean los contornos y los límites entre víctima y el victimario.

### Restitución de la dignidad ontológica

A finales de enero del 2010, sobresalía la noticia de una nueva serie de asesinatos en Ciudad Juárez. Esta vez, las víctimas fueron 16 jóvenes estudiantes de un barrio; se encontraban festejando en una fiesta. La respuesta oficial no se hizo esperar. La masacre fue reducida al resultado de una riña entre pandillas vinculadas a grupos contrarios de narcotraficantes. Durante los días siguientes, en las noticias nacionales se veían los rostros de los familiares de las víctimas, defendiendo la inocencia de sus hijos y reclamando justicia. Imágenes de los funerales y del ritual de los entierros fueron televisadas. El rostro de las víctimas y la voz de sus familiares hicieron tambalear los discursos oficiales.

<sup>16</sup> Bauman, Zygmunt. *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Barcelona, Paidós, 2007, p. 206.

<sup>17</sup> Soyinka, Wole. *Clima de miedo*. Barcelona, Tusquest, 2007, p. 138.

<sup>18</sup> Kristeva, *op. cit.*, p. 9.

**Tabla 9**  
**Videoanálisis. Confrontación con Felipe Calderón**

Secuencia

Texto



0:03 -0:12

“No, no, discúlpeme, señor Presidente. Yo no le puedo decir bienvenido, porque para mí no lo es”.



0:49- 1:34

“Ahora quiero que usted se retracte de lo que dijeron. De lo que usted dijo. Que eran pandilleros. ¡Mentiras! Uno de mis hijos estaba en la UACH y el otro estaba en la prepa. No tenían...no tenían, más que nada, tiempo. No, no. Es que no puede ser, señor Presidente. No puede ser que digan que eran unos pandilleros. No tenían tiempo para andar en la calle. Estudiaban y trabajaban. ¡Yo le apuesto que si a usted le hubieran matado un hijo, usted debajo de las piedras buscaba al asesino! Siendo como yo no tengo recursos, yo no los puedo buscar”.

Luz María es el nombre de la mujer-madre que en febrero del 2010 confrontó a Calderón exigiendo rectificara sus apresuradas e irresponsables declaraciones sobre los motivos del múltiple asesinato en Juárez. Este video fue poco difundido en los medios oficiales pero replicado en muchos portales de internet. Los comentarios que enmarcaban estos acontecimientos apuntaban la valentía de esta mujer. “La valentía le apuesta a un proyecto de vida que antes de existir en la realidad existe en las mentes. La valentía se mueve en el campo de la inteligencia creadora. Esto no quiere decir vivir por encima de nuestras posibilidades sino a pesar de nuestras realidades”, afirma Marina<sup>19</sup>.

Como ya se ha venido señalando, la retórica de la guerra contra las drogas permea los sentidos y los discursos que

ubican socialmente estas muertes y desapariciones. Sin duda, las palabras de Luz María son una clara muestra de coraje. En el trabajo de campo que vengo realizando con familiares de víctimas de “levantamientos” y ejecuciones asociadas al narcotráfico he observado que ser la esposa, la madre, la hermana o el familiar de un ejecutado o de un desaparecido, es cubrirse con el manto de la sospecha. Los sucesos violentos de los que fueron víctimas sus seres queridos, los contaminan. Los convierte en blanco de señalamientos. Como señala Peláez<sup>20</sup>, ante la retórica oficial de la “guerra contra las drogas” en muchas ocasiones los dolientes prefieren callar su dolor. No averiguar, no denunciar, no reclamar los cuerpos, no reclamar justicia. De esta manera no sólo evitan el rechazo y la mirada de sospecha. Preservan su seguridad y la de sus familiares.

<sup>19</sup> *Op. cit.*, p. 237.

<sup>20</sup> Peláez, Gloria Inés. *Los duelos en el cuerpo físico y social de mujeres víctimas de la violencia*. Bogotá, Universidad de los Andes, 2009.

El miedo tiene su propia dinámica y es difícil enfrentarlo. También es común encontrar la desesperanza. La creencia de que las cosas son así y no van a cambiar se instaura en el imaginario. Sin embargo, existen quienes trascienden el miedo y el dolor para luchar por que se investigue y se haga justicia en las muertes de sus seres queridos. No eliminan el miedo y el dolor, actúan a pesar de él. Irma, la madre de uno de estos desaparecidos me dice: “Hay miedo, hay dolor, hay coraje, hay impotencia pero sigo en esta lucha porque tengo que saber qué pasó con mi hijo. Dónde quedaron los restos de mi hijo?”.

Cavarero<sup>21</sup> afirma que “más que salvar a los desaparecidos del olvido, la conmemoración restituye la dignidad ontológica de una existencia que desde el momento del nacimiento hasta el de la muerte, hace de cada uno un alguien”. Cuando estos familiares, por lo general madres, reclaman conocer el paradero de sus hijos, finalmente lo que buscan es recuperar la identidad que les fue violentamente arrebatada. Se trata de que socialmente podamos reconocer nuestro propio rostro en esos encobijados, encajuelados, enteipados, decapitados, mutilados que se cuentan diariamente. Restituir la dignidad ontológica es eso. Reconocerlos como humanos. Reconocer su singularidad. Reconocerlos como parte del nosotros. Reconocer que esos cuerpos enmarcados por charcos de sangre son el hijo de alguien, el hermano de alguien, el padre de alguien, el *amor* de alguien.

Elena habla así de la situación de su hijo:

Yo entiendo que la gente tiene que pagar las consecuencias de lo que hace. Pero lo que pedimos es que haya un marco de derecho que los juzgue. Pero a nosotros no nos dieron la oportunidad. Si mi hijo tuvo que ver con un delito, se le hubiera juzgado, se le hubiera puesto en un penal. A mí se me perdió mi hijo. Y haya hecho lo que haya hecho mi hijo, yo lo hubiera ido a visitar, lo seguiría queriendo. Porque era mi hijo. Pero no nos dieron la oportunidad. ¿Y a nadie le importa? Las autoridades justifican la muerte de nuestros hijos “por andar en malos pasos” y las cubren con un manto de impunidad.

Aquí es importante resaltar que la pregunta no va dirigida exclusivamente a las autoridades. Cuando pregunta ¿Y a nadie le importa?, se dirige a nosotros, a la sociedad que convive en este territorio y a la que estos familiares

perciben como indiferente a sus reclamos. La indiferencia, la naturalización de estas muertes, profundizan la impunidad en la que quedan sus casos. La retórica de la guerra, los análisis simplistas e inmediatistas que identifican a los “narcotraficantes” como el enemigo externo sustentan las escasas acciones de la justicia por esclarecer sus casos. Ya lo decía Lechner<sup>22</sup> “los temores se exorcizan mediante invocaciones a la seguridad. Pero a veces la seguridad toma forma de cárcel”. La solución que propone este autor está muy relacionada con lo que se intentó hacer en este texto. Mirar los miedos, conversar con ellos, sacarlos de la oscuridad, darles nombre. “Sólo así se puede combatir los miedos, acotarlos y enfrentarlos”.

Al repasar la actual violencia, queda claro que estos crímenes no se contentan con acabar con la vida de alguien. Traspreden los límites de lo nombrable al desintegrar la unicidad de los cuerpos. Más aún, al trivializar esta realidad en el lenguaje, el sentido de lo humano se desploma. Ante este tipo de violencia, pero sobre todo, ante su naturalización, trivialización y ante la indiferencia que se evidencia, no nos queda más que reconocernos como proyecto.

## Conclusiones

Es difícil escribir conclusiones al mirar detenidamente estas escenas que necesitamos desechar e ignorar para mantener la continuidad de nuestra cotidianidad. Encontrar el sentido de esta violencia es una tarea imposible. Como se observa en cada una de las escenas que aquí se describen, no está clara la víctima y no está claro el victimario.

Pero una figura está clara: los testigos. En la “sociedad de la información” los testigos somos todos. Incluso si decidimos no mirar. Cuando estos actores difunden sus asesinatos por la red, cuando las noticias e imágenes se difunden diariamente en periódicos y noticieros, nos hacen testigos. Sin embargo, la rapidez con la que se nos presentan los acontecimientos, y la forma en que se organizan las narrativas visuales en los medios de comunicación y en las fuentes oficiales, apela al olvido social bajo la construcción de una verdad totalitaria: La guerra es necesaria.

Es urgente apelar a la restauración de la identidad, la memoria, la justicia. Deconstruir los discursos que dividen a los muertos entre los que duelen y los que se justifican. Discursos que sostienen la impunidad en la que quedan la mayoría de estas muertes violentas.

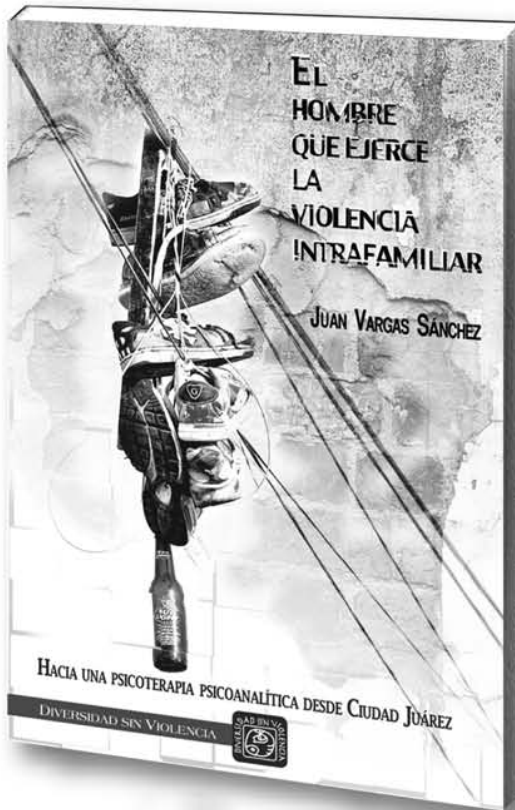
<sup>21</sup> Cavarero, *op. cit.*, p. 11.

<sup>22</sup> Lechner, Norbert. “Nuestros miedos” en *Perfiles Latinoamericanos*, núm. 13, vol. VII, México: FLACSO, p. 182.

# El hombre que ejerce la violencia intrafamiliar

## Hacia una terapia psicoanalítica desde Ciudad Juárez\*

Sergio G. Sánchez Díaz \*\*



En este libro se aborda el tema de los hombres que ejercen violencia intrafamiliar en Ciudad Juárez. La información que se expone parte de años de experiencia en el campo por parte del autor, como terapeuta, y del estudio en profundidad de 15 casos de hombres violentos.

A través de cinco capítulos, el autor explora diversas dimensiones de esta difícil y compleja cuestión, en el escenario de Ciudad Juárez.

El autor parte de la siguiente idea: los contextos familiares en los que se reproduce el modelo de control y poder tradicional patriarcal, es decir, el control y el poder tradicional del padre –al lado de las formas de sumisión comunes por parte de la madre–, generan actitudes violentas en los hijos en la edad adulta.

El autor además presenta una hipótesis que completa el panorama anterior: se refiere a la amenaza que ese hombre violento experimenta en su “sí mismo narcisista”, cuando su poder es amenazado por diversas circunstancias; el conflicto que de ahí se deriva da lugar a escenarios en los que con frecuencia el individuo deriva hacia el uso de sustancias tóxicas, adicciones y, desde luego, la violencia; en primer lugar, la intrafamiliar.

El autor explora las características de la violencia en estos hombres: nos presenta sus principales manifestaciones, como sería el estallido violento, la exaltación, el descontrol, el alcoholismo y la caída en la drogadicción.

Luego, el autor se introduce en diversos aspectos que van conformando el complejo panorama de la violencia intrafamiliar. Muchos factores entran en juego: los egos patriarcales en disputa (entre el cuñado y el suegro, por ejemplo), el estrés causado por las presiones laborales, los celos, y problemas con los hijos, entre otras cuestiones.

Igualmente explora otros aspectos que tienen que ver con la espiral de la violencia en la que caen estos hombres: los episodios de violencia, su frecuencia, así como aspectos que tienen que ver con la historia de cada uno de estos hombres, en sus familias y en su pareja actual, durante el noviazgo.

En suma, es ésta una visión difícil y compleja de la cultura, de las relaciones de género, de cómo se ve en México a la “novia”, cómo esta etapa (y la vida toda), está cargada de prejuicios, de todo lo cual participan también los familiares, propiciando, desde el núcleo familiar, las condiciones de la violencia.

\* Vargas Sánchez, Juan. *El hombre que ejerce la violencia intrafamiliar. Hacia una terapia psicoanalítica desde Ciudad Juárez*. México: UAM-Iztapalapa / CIESAS / CONACYT / UTEP / Ed. Eón, 2010, 160 pp.

\*\* Profesor-Investigador del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), sede Distrito Federal. Profesor externo de la UAM-Iztapalapa.